

EL MÚSICO de Gámbita (1882-1945) escribió esta pequeña autobiografía suya en Agua de Dios, durante el mes de abril de 1924, cuando estaba recluido en ese pueblo leprocomio. Le fue solicitada por Joaquín Ospina para incluirla en su *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Colombia*, que publicó en tres tomos durante el año 1927, pero por razones de espacio solo publicó una síntesis del texto, cuyo original reposa en el Archivo de la Casa Museo Luis A. Calvo de Agua de Dios. Fue transcrito e incluido por Sergio Daniel Ospina Romero en el apéndice de su trabajo de grado titulado “Luis A. Calvo, su música y su tiempo”, presentado en el año 2012 ante el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Por su interés cultural, y para remediar una edición incompleta anterior de la Dirección Cultural de la UIS (2005), se publica en esta entrega completa para los lectores de la *Revista de Santander*.



En el año de 1882 se meció mi cuna al suave impulso de brisas perfumadas y fui arrullado por el lejano rumor de la cascada de Santafé de Gámbita, pequeño pueblecito del sur de Santander. Muy niño aún, me extasiaba en la contemplación de la naturaleza, libro divino donde se muestra el Dios Omnipotente con toda su magnificencia. Al mismo tiempo sentía grande inclinación hacia la música, la que fue objeto de mis primeras lágrimas y mis largos desvelos.

Y por falta de recursos y también por el medio ambiente en que vivía, no pudo mi buena madre darme la educación que ella anhelaba y por ese motivo continué vegetando sin ningún provecho hasta la edad de nueve años, época en que por ser ya perjudicial mi estada en el pueblecito que me vio nacer, venciendo multitud de dificultades, mi madre resolvió hacer un esfuerzo, por cierto muy aventurado, en busca de un medio más propicio. En efecto, me trajo a la ciudad de Tunja, donde vivía un señor Pedro José Gómez León, profesor de música, quien me

recibió como muchacho mandadero. Con profundo respeto me descubro ante el recuerdo del citado señor, quien, al darse cuenta de mi disposición para la música se constituyó en un padre para mí, pues a la vez que me iniciaba en los divinos misterios del arte de Beethoven y Mozart, también cubría mis desnudeces y me alimentaba.

Un año después, por mediación de él, se me daba de alta en la banda departamental de Boyacá, como músico platillero, luego deje los platillos y se medió el bombo, cuyo volumen constituía una pesada carga para mí que era muy chiquillo y la que lleve por más de cuatro años, hasta que un día solicité del señor gobernador que me diera un instrumento que estaba vacante. Una vez atendida favorablemente mi petición, con un entusiasmo loco empecé a estudiar por mi cuenta el nuevo instrumento llamado bombardino, el que meses después dominaba con alguna facilidad. En vista de mis notorios adelantos el director de la mencionada banda, después de mucho rogarle y pedirle me concedió la gracia de desempeñar la parte correspondiente al referido instrumento, lo que



dio lugar a abandonar el bombo. Mucha pena me causa recordar hoy esa época en que, si es verdad que me iniciaba en el desempeño de un cargo de más categoría, también hay que confesar que empezaba a ser víctima de la envidia y de la emulación. Muy dolorosa, dura, penosa fue la lucha que sostuve, mas, a golpes de resignación y paciencia logré triunfar; y, cuando la culta como severa sociedad tunjana me dispensó sus cariñosa acogida, vi que estaban pagos mis pequeños esfuerzos ya que por ese entonces, con adorable facilidad, desempeñaba con mi voz de niño y también con el violín, instrumento que hacía dos años que estaba estudiando, parte importante en los conciertos y fiestas religiosas y profanas que la sociedad organizaba. Para la noble ciudad de Suárez Rendón consagro mi más férvido recuerdo porque fue allí donde sentí los primeros hálitos de la inspiración, cuyos efectos se mostraron en una humilde melodía, que dediqué a la que ha sido hasta hoy objeto de mi vida, mi madre.

Años más tarde, animado por el deseo de poseer mayores conocimientos y halagado por un decreto del general Rafael Reyes, entonces presidente de la república, en el cual disponía que a todo joven que se colocara en una de las bandas de la capital se le adjudicaría una beca en la Academia Nacional de Música, lleno de entusiasmo me trasladé a Bogotá, donde llegué el 11 de mayo de 1905.

El primero de junio fui dado de alta en la segunda banda del ejército como músico de tercera clase, desempeñando el cargo de tercer pistón. ¡Qué horror! ¡Me angustia el recuerdo de mi noviciado capitalino! Cincuenta pesos devengaba, cuya suma me proporcionaba un pequeño bienestar, el que amorosamente compartía con mi madre y mi hermanita. A los pocos días un terrible decreto del Poder Ejecutivo, tendiente a equilibrar el presupuesto nacional trajo la miseria a mi pequeño hogar, pues la inhumana disposición presidencial descontó el cinco por ciento a todo empleado del gobierno, pero

de todos ellos los que soportamos las peores consecuencias fuimos los del ejército, pues a nosotros, aparte del descuento anotado, se nos rebajó un grado, por cuyo motivo los cuarenta pesos que yo ganaba quedaron reducidos a la insignificante suma de veinticinco pesos, cantidad insuficiente para atender a las más imperiosas necesidades de la vida. Año y medio duró ese lento padecer. ¡Cuántos días amargos para mí! Qué pena tan grande la que sentía cuando, lleno de tristeza, llegaba al apartamento que habitábamos y mi cariñosa madre me invitaba a la mesa sin haber llevado desde días atrás ni un centavo para el pan de cada día.

¿Con qué se podrá pagar a una madre tantos sacrificios? A pesar de atravesar tan crítica situación no me desalentaba y por más de cuatro años luché para que se me diera la beca a que tenía derecho según el decreto presidencial, la que nunca logré, por carecer de las debidas recomendaciones de los ministros y otras altas personalidades del Gobierno. Mi desilusión fue tan grande que llegué a sentir horror de la vida. Nunca más quise pasar por la calle donde se levantaba el templo del divino arte que con tanta indiferencia me cerraba las puertas. Sin embargo por mi grande a la música y como tratando de distraer mi prematuro desengaño, me propuse hacer lo que jamás había pretendido, que fue instrumentar una de mis piezas a la banda a que yo pertenecía, no sin el temor de que mi primer ensayo resultara un fiasco. Una vez terminada la instrumentación presenté mi trabajo al músico mayor, quien le dispensó benévola acogida y en seguida hizo distribuir los papeles y se procedió al ensayo. Cuál no sería la sorpresa de los profesores y también la mía al oír el conjunto tan delicioso y la sonoridad armoniosa de mi danza que fue un éxito, la cual lleva por nombre “Livia”.

No puedo pasar inadvertido el brote de egoísmo y emulación que los más de mis compañeros de la banda me dedicaron por mi primer triunfo. Con todo el valor moral logré imponerme, ya que mis posteriores

trabajos de composición e instrumentación para la banda fueron bien recibidos por el director de esta. Dos años después un nuevo decreto del ejecutivo nos devolvía a nuestros primitivos puestos y sueldos; y, al poco tiempo, se me ascendía a profesor de segunda clase debido a mi buena conducta y adelantos en el instrumento del pistón. Ya mi situación, y la de mis compañeros, no era tan aflictiva. Muy resignado me hallaba al ver que mi aspiración en cuanto a estudios se había truncado, cuando una tarde en que la banda en uno de sus conciertos acababa de ejecutar un valse mío que días antes yo mismo instrumenté, vi que un joven de aspecto aristocrático se acercó a la banda e inquirió el nombre del valse que acababa de oír y preguntó por su autor; una vez informado, se acercó a mí para felicitarme con una galantería sin igual. Al preguntarme donde había hecho mis estudios de armonía, le contesté con gran desconsuelo, que yo ignoraba completamente hasta los más elementales estudios de teoría, de cuya afirmación sincera dudó, puesto que objetó enseguida, manifestando que era imposible haber compuesto ese valse sin poseer los debidos conocimientos de armonía a lo cual le manifesté que tampoco me explicaba cómo podía concebir esas cosas; en seguida me dijo que él era el profesor de armonía de la Academia Nacional y que tendría mucho gusto en que yo fuera discípulo suyo. Después de manifestarle mi profundo agradecimiento con su bondadosa acogida, quedamos en que el día lunes de la semana siguiente daría principio a mis deseados estudios. Así fue como logré penetrar al encantado recinto que por tanto tiempo tuvo cerradas sus puertas para mí.

Poco después y con motivo de una reorganización, el director y varios profesores del instituto, entre ellos el profesor de armonía fueron destituidos, por ese motivo me vi obligado a abandonar la clase que galantemente me dictaba el inolvidable señor Rafael Vásquez Flórez, por quien siempre he conservado un cariñoso recuerdo.



Maestro Guillermo Uribe Holguín.

Más tarde mi querido amigo, el virtuoso violinista Leopoldo Carreño U., se interesó por mí y logró obtener del nuevo director del Instituto, señor don Guillermo Uribe Holguín, me concediera una beca. Una vez atendida favorablemente la petición de mi amigo, continué el estudio de armonía bajo la competente dirección del insigne maestro señor Uribe Holguín, quien siempre me dispensó una benévola y cariñosa acogida. Allí mismo se me dictaba clase de violonchelo, instrumento al cual siempre he tenido especial predilección y con el cual hice parte de la orquesta del Conservatorio en los conciertos sinfónicos que el Director organizaba cada seis meses.

Gracias a la ardua labor del señor Uribe Holguín, pude saborear con deleite el espiritual manjar que como un segundo pan de ángeles, la divina Providencia ha concedido a la humanidad por mediación de genios ultraterrestres. Conocí las tres escuelas mejores que son: la alemana, la rusa y la francesa. Ya había terminado el curso de armonía y a la vez que repasaba este, principiaba el de

contrapunto y así lleno de entusiasmo, de ilusiones y acariciando un porvenir halagüeño me hallaba cuando el día 14 de marzo de 1916 el Terror de los Espantos tocó a mis puertas y con fieras garras arrebató la relativa tranquilidad que disfrutábamos tres seres unidos. Me creo impotente para narrar las escenas de dolor y de angustia que por más de quince días precedieron al fatal desastre; pero como para todo dolor humano hay un consuelo, en esa ocasión la gentil sociedad bogotana, siempre pronta a desplegar su proverbial y cariñosa solicitud hacia sus líricos infortunados, tuvo el más hermoso gesto para mí el cual dulcificó mi inmensa pena. Dos meses después, el 12 de mayo de 1916, a la caída de un vago crepúsculo, con una conformidad heroica, traspasaba los umbrales de la ciudad martirio.

Los hermanos del infortunio me recibieron con singulares demostraciones de cariño del cual soy objeto hasta el presente. Ocho días después de mi llegada a este retiro, recibí mi amigo favorito, el piano, que muchos de mis amigos y admiradores bogotanos me enviaron como recuerdo. Muchas son las horas en que por mediación del noble como mágico instrumento mis hermanos martirizados han olvidado sus dolores, ya oyendo los lamentos que mi alma atormentada le arranca, ora los brotes de alegría que una risueña esperanza me inspira.

Los R.R P.P. Salesianos me regalaron la casita en que vivo y son ellos los que con solicitud y abnegación, prestan sin escrúpulo ni temor alguno auxilios espirituales de este puñado de vencidos.

Más tarde, y siguiendo el noble ejemplo de mi adorada Bogotá, la hidalga sociedad de Medellín, generosamente acudía al llamamiento que por medio de la prensa y a beneficio mío, le hacía el galante y cariñoso amigo e hijo de esa ciudad, don José Gaviria Toro, iniciador del grandioso festival en el que tomaron parte las personalidades

artísticas y literarias más salientes de allí. Después, algunas otras ciudades como Manizales, Cali, Cúcuta, Tunja y Facatativá, me han dispensado honrosas como cariñosas manifestaciones y beneficios cuyos producidos pecuniarios unidos a los de los festivales de Bogotá y Medellín, me han proporcionado relativo bienestar y comodidad en mi retiro. Cabe decir que el sur de Santander, mi pequeña patria, hidalga en lo demás, me tiene relegado al olvido, como a los demás hermanos coterráneos heridos por la misma desgracia; solamente el señor Emilio Garnica es una honrosa excepción. Bien quisiera no hacer mención alguna respecto de mi humilde labor artística, pero temiendo que la mediación del doctor León Gómez me pide esta página, me pienso egoísta, no puedo prescindir de la honrosa invitación que me hace. Desgraciadamente el Hada de la Fatalidad se interpuso en el camino de mi carrera artística, por cuyo motivo me quedé ignorando los conocimientos más indispensables e importantes en cuanto a la composición; por esta razón mis pobres desahogos espirituales en nada han contribuido al engrandecimiento de esta querida Colombia, y, he aquí una de las causas porque vivo más triste.

Mucha música he compuesto, pero en toda ella no se encuentra obra alguna digna de mencionarse. Entre mis composiciones solo hay una digna de citarse y esta es la *Intermezzo* número primero, que ha tenido simpática acogida tanto por los eruditos en el arte como por los profanos. Para mí, esa suave melodía tiene el único mérito de haber sido la precursora de mi popularidad como también la precursora de mi mal; ella fue inspirada por una inexplicable tristeza que me agobiaba.

Aquí en Agua de Dios, borrascoso mar de tempestades, el divino arte ha sido para mí como la dulce voz de Jesús en el mar de Galilea. Para ser sincero, confesaré que en este retiro he compuesto y escrito mucha música, de la cual la mayor parte se conser-

va inédita. Mi predilección y lo que más me gusta es ponerle música a las poesías que muchos de los poetas colombianos me han remitido, cuyos nombres deseo que figuren en esta página: de mi distinguido y venerable doctor Alberto León Gómez cinco canciones. De Ismael Enrique Arciniegas, una; del inolvidable Diego Uribe, dos; de Abel Marín, dos; de Nicolás Bayona Posada, el *himno Mariano* y otro canto; de F. Restrepo Gómez, un bambuco; de C. Obando Espinosa, una canción; del presbítero doctor Luis E. Ardila, las sentidas estrofas que para el *Intermezzo* escribí y que yo adapté; “*La Dulce Antioqueña*” cuya letra es de un señor Yepes, de Medellín; de Jaramillo Mesa, una canción; “*Una Noche en París*”, opereta en dos actos, cuyo libreto es de los señores Manuel Castellanos y Carlos E. Ortiz. Dicha obra fue compuesta e instrumentada aquí; y según los conceptos de la prensa capitalina, fue un éxito para mí.

Poetas extranjeros: de Juan Ramón Jiménez, cinco canciones; de Amado Nervo, dos; del poeta venezolano y amigo mío, Andrés Eloy Blanco de la Rosa, una canción. Himnos que para distintas instituciones han pedido mi concurso: el Himno del Centavo de Navidad, palabras de Ciro Mendía; Himno del Colegio de la Concordia, palabras de Maldonado Plata; Himno del Colegio de Boyacá, palabras de José Alejandro Ruiz; Himno del Regimiento Ayacucho, acantonado en Manizales, palabras de Jaramillo Meza; Himno de los niños excursionistas de la región de Quindío, palabras del doctor Alejandro Villa Álvarez; Himno al Colegio José María Villegas, palabras del inspirado doctor Adolfo León Gómez; Himno del Colegio Santo Tomás de Aquino, palabras de un religioso dominico; Himno al superior de la Comunidad Salesiana, con palabras del reverendo Padre Romero; “*El Dolor y la Inocencia*”, melodrama por el doctor León Gómez; “*El Ángel y la Patria*”, melodrama por un padre jesuita; y por último el *Himno de Pereira*, palabras de Julio Cano.

El 12 de mayo de 1916, a la caída de un vago crepúsculo, con una conformidad heroica, tras pasaba los umbrales de la ciudad martirio.

Siendo la Religión Católica una madre consoladora de los grandes infortunios, nunca he dejado de elevar mis oraciones en armonía. Bajo la influencia de este sentimiento religioso he compuesto algunos cantos como son: tres himnos al Santísimo Sacramento; dos Trisagios a la Santísima Trinidad; uno al Sagrado Corazón; una Salve a María Auxiliadora; una Ave María; cinco Villancicos y algunos otros motetes. En estos días tengo en preparación el himno de la gentil ciudad de Manizales, de cuya letra es autor el presbítero doctor Sotomayor. Himno que ambos enviaremos como muestra de gratitud para la celebración del 75 aniversario de la fundación de dicha ciudad; y una fantasía, sobre un tema regional, la que inspirada en una hermosa poesía del doctor José Eusebio Caro que titula “*Canto del Último Inca*”, que muy pronto daré a conocer al público.

Entre Intermezzos, Mazurcas, Marchas Nupciales, Nocturnos, un estudio, Valses, Danzas, Marchas, Tangos y Pasillos, hay publicadas más de cincuenta piezas para piano, sin tener en cuenta muchas otras inéditas.

Por ser para mí tan grato el gesto de simpatía y admiración que me han dispensado algunas damas colombianas y algunas otras extranjeras, y deseando hacer pública manifestación de esa actuación espiritual, no teniendo yo palabras para hablar de esas nobles almas femeninas, cedo el puesto a un amigo en quien he depositado todas mis confidencias.

Doy por terminada esta humilde página, suplicando se me disculpe todo lo defectuoso que en ella se encuentre. ✱